

BENJAMIN BLACK



LAS INVITADAS SECRETAS

SERIE **NEGRA** RBA

Título original: *The Secret Guests*

© John Banville, 2019.

© de la traducción: Miguel Temprano García, 2019.

© de esta edición digital: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2019.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO635

ISBN: 9788491875284

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27

28

29

30

31

32

33

34

BENJAMIN BLACK EN RBA

La niña se quedó de pie en la oscuridad delante de la alta ventana y observó con emoción y fascinación las bombas que caían sobre la ciudad. El cielo en el este, donde estaban los muelles, se incendiaba y centelleaba con toda suerte de colores —amarillos y azules y rosas y malvas—, mientras ascendían grandes nubes de humo ribeteado de rojo. Era como si se hubiese adelantado la noche de Guy Fawkes. O no: parecía una especie de acontecimiento teatral, como el último acto de una ópera, y que toda la actuación la dirigiera el barrido de la batuta de los reflectores.

De hecho, se veía a sí misma como una figura en un escenario, ahí de pie, con la enorme habitación en sombras a su espalda y el cielo incendiado a lo lejos.

Entonces, algo llegó volando a toda prisa de la oscuridad y golpeó contra el cristal de la ventana que tenía delante, y le hizo dar un respingo. Después del primer sobresalto, se acercó a la ventana y vio al pájaro fuera sobre la gravilla, tumbado de espaldas con las alas recogidas contra los costados con una pulcritud antinatural. Estaba estremeciéndose y tenía los ojos abiertos, vio cómo brillaban igual que pequeñas cuentas negras bajo el resplandor del cielo. ¿Qué tipo de pájaro era? Un búho no —¿habría búhos en medio de la ciudad?—, pero podía ser un estornino o incluso un cuervo pequeño. Ella sabía que iba a morir, y, mientras aún lo estaba mirando, las convulsiones cesaron y las alas se relajaron.

Imaginó a la gente en los muelles, a los obreros, a los marineros, a los bomberos, a las personas que iban por la calle e incluso a las que estaban en sus casas, muriendo así, con los brazos apretados con fuerza contra los costados y mirando el cielo en llamas, y luego imaginó sus ojos apagándose y los brazos relajándose.

La puerta se abrió a su espalda.

—¿Qué haces? —preguntó con aspereza su hermana.

La niña no se apartó de la ventana.

—Nada —respondió.

Su hermana se adelantó de prisa y corrió las gruesas cortinas, lo que hizo que las anillas sonaran arriba en el riel.

—¿No sabes que hay que apagar las luces?

Su hermana era cuatro años mayor que ella, y muy mandona.

—Las luces no estaban encendidas.

—Da igual..., la norma es tener las cortinas echadas en todo momento después de que oscurezca.

La niña suspiró. Se llamaba Margaret. Tenía diez años.

—Un pájaro se ha estrellado contra la ventana y se ha matado —dijo—. Está fuera, en el suelo, si quieres verlo.

—No deberías estar aquí, de pie al lado de la ventana. Si cayese una bomba, habría una explosión y el cristal se haría pedazos y te mataría.

—¿Lanzarían bombas aquí, contra nosotros?

Era una posibilidad que no se le había ocurrido. Sintió curiosidad por saber cómo sería que te volaran por los

aires. Pero el palacio era tan grande que no se desplomaría, ¿no? Solo se dañaría el tejado y se caerían las chimeneas.

—Lanzan las bombas en todas partes —respondió su hermana—. Vamos..., mamá y papá nos están esperando.

Salió la primera de la habitación. Fueron por un pasillo ancho donde había arañas de cristal, e hileras de sillas doradas a ambos lados unas enfrente de otras, y grandes espejos ornamentados en las paredes, impasibles como centinelas.

Mientras andaban, Margaret estudió a su hermana con interés.

—Estás temblando —dijo.

—¿Qué?

—¿Te dan miedo las bombas?

Su hermana no la miró.

—Pues claro que no.

Llegaron a una ancha puerta doble, con dos lacayos con librea en posición de firmes, uno a cada lado.

—Vete a saber por qué habrá volado el pájaro hacia la ventana —dijo pensativa Margaret—. A lo mejor también tenía miedo de todo ese ruido y de las luces.

Los lacayos se adelantaron con elegancia y abrieron cada uno una hoja de la puerta para dejar pasar a las niñas.

El enorme salón de techo alto tenía un empapelado dorado descolorido y una alfombra de color amarillo oscuro. También ahí había una araña de cristal. Cuadros grandes y borrosos, retratos en su mayoría, en diversos tonos de marrón y negro y rojos descoloridos, se inclinaban

un poco de las paredes, como si las personas en ellos escucharan con atención todo lo que ocurría en la sala. Había una enorme chimenea de mármol con un fuego de carbón absurdamente pequeño que humeaba detrás de la rejilla: en época de guerra todo el mundo tenía el deber de ahorrar combustible.

El padre de las niñas, alto, delgado y con un terno de *tweed* gris, estaba de pie junto a la repisa de la chimenea con una copa de jerez en una mano y un cigarrillo en la otra. La madre, con un vestido de seda gris y un peinado como un casco de cabello ondulado, estaba sentada en un sofá de cretona; también ella tenía un cigarrillo y una copa, aunque la suya estaba llena de ginebra.

—¡Vaya, hola a las dos! —dijo el padre alegremente. Una serie de bombas cayeron no muy lejos y estremecieron los cristales de las ventanas en sus marcos, por lo que él añadió—: Vaya un estruendo, ¿eh?

Tenía un ligero tartamudeo que empeoraba cuando estaba nervioso o enfadado.

Al cabo de quince minutos las sirenas dieron la señal de todo despejado. Margaret y su padre se habían sentado a una mesita redonda de patas retorcidas y pies como garras de león. Estaban jugando a las damas. Su madre, todavía reclinada en el sofá, hojeaba un ejemplar de *Punch*. La hermana mayor estaba en un sillón con un libro abierto sobre el regazo. Era evidente que fingía leer, Margaret la miró y luego volvió a mirarla con los ojos entornados; notó

que su hermana seguía asustada, aunque el bombardeo hubiese cesado, de momento.

Su padre hizo un movimiento en el tablero.

—¡Ajá! —exclamó triunfal—. ¿Ves?, estoy a punto de coronar.

Margaret se rio despreciativa.

—Así serán dos coronaciones.

—Es ve... verdad —dijo su padre, sonrojándose un poco por la dificultad al pronunciar la palabra; le avergonzaba su tartamudeo o su «impedimento en el habla», como insistía en que lo llamara su madre, aunque de hecho rara vez aludía a él y nunca en su presencia. A Margaret le inspiraba lástima. No conocía a ningún otro adulto que tartamudeara.

—Lilibet, cariño —le dijo la mujer del sofá a su hija mayor, que estaba sentada con el libro en las rodillas—, ¿estás segura de tener todo listo y empaquetado? La señorita Nashe llegará enseguida.

—Sí —replicó la niña—, todo está preparado.

La niña siguió con los ojos fijos en el libro. Margaret volvió a mirarla. El ambiente en la sala se había vuelto tenso.

—Vais a tener que ser valientes —dijo su madre, con voz suave—. Será solo una temporada y luego volveremos a estar juntos.

—¿Por qué no podemos ir a Escocia y así podríais venir con nosotros? —preguntó Margaret.

—Porque tu padre y yo debemos quedarnos para estar

con el pueblo y compartir su... su...

—¿Su qué? —quiso saber la niña.

—Su valentía —dijo el padre—. Y para demostrarle al señor Hitler que no tenemos miedo ni de él ni de sus bombas y que nunca nos rendiremos a sus a... amenazas. — Se volvió hacia su hija mayor—. ¿Verdad, Lilibet?

—Sí, papá —dijo la niña del sillón. Su padre hizo ademán de mover una ficha, cambió de opinión y se sentó pensativo.

Margaret volvió a mirarla de cerca, y, sin que la vieran sus padres, hizo una mueca y le sacó la lengua.

—No entiendo qué tiene que ver la valentía con enviarnos a Irlanda —le dijo a sus padres—. A mí me parece huir.

Su padre y su madre cruzaron una mirada.

—A veces pienso —dijo el rey, sonriéndole a su hija pequeña por encima del tablero— si no deberíamos enviarte a ti con el señor Hitler, cariño. ¡Estoy convencido de que le darías un susto de muerte solo con mirarlo!

Fuera volvieron a sonar las sirenas. La niña del sillón apartó la vista de su libro para mirar las cortinas que tapaban las ventanas y pasó la página.

El subinspector de la Garda Strafford se detuvo al pie de las escaleras del Kildare Street Club y miró irritado por tercera o cuarta vez calle arriba en dirección a los edificios del gobierno. El ministro llegaba diez minutos tarde, Strafford estaba seguro de que a propósito: los hombres que se creían importantes nunca desaprovechaban una oportunidad, por muy trivial que fuese, de demostrar su importancia.

Era la hora de comer de un cálido día de octubre. El sol se alzaba en el cielo en alguna parte, y el aire estaba impregnado de una suave y pálida neblina dorada. Strafford, congénitamente delgado, llevaba un terno de *tweed* oscuro que le quedaba grande a su figura alta y esquelética, una camisa verde oscuro y una corbata oscura. En la mano derecha tenía un suave sombrero de fieltro y en el brazo izquierdo, una gabardina doblada. Su pelo era tan claro que casi no tenía color, y un mechón de la frente tendía a caerle sobre los ojos, de modo que tenía que apartarlo constantemente con un rápido gesto de la mano y cuatro dedos extendidos y rígidos.

Volvió a mirar calle arriba.

Era raro pensar que en Europa estuviesen en guerra mientras ahí reinaba una paz soñolienta, o al menos eso parecía. La República de Irlanda se había declarado neutral

en el conflicto y pensaba seguir así, por lo que ni siquiera llamaba a la guerra, guerra, y se refería a ella llamándola «La Emergencia». Los graciosos de los pubs hacían muchas bromas con eso.

El ministro de Asuntos Exteriores, Daniel Hegarty —Dan el Hombre de la Calle, como le gustaba que lo llamaran los fieles del partido y también la gente normal, sobre todo en época de elecciones—, la persona a quien esperaba con impaciencia Strafford, tenía fama de ser casi cultivado. En su juventud había estudiado una temporada en Heidelberg, y se decía que había cenado una vez con W. B. Yeats y *lady* Gregory en el hotel Russell. No obstante, él se quitaba importancia. Uno de los puntales de su estrategia política consistía en fingir que era un simple campesino, aunque no se dejaba engañar por nadie, y todo el mundo lo sabía.

Un coche enorme, negro y reluciente se detuvo al lado del bordillo, un chófer con un traje negro se apeó con elegancia y abrió la puerta trasera, y el ministro en persona salió y se puso el sombrero.

Rondaba los cuarenta años, aunque parecía mayor. Su figura recordaba a un barril de cerveza Guinness ligeramente comprimido y alargado. La impresión la subrayaba un abrigo negro, largo y amplio, un poco ceñido a la altura de donde debía de estar la cintura, si es que alguna vez había tenido cintura, por un ancho cinturón muy apretado. Su cabeza era grande, demasiado para sus rasgos, que se apelotonaban en el centro de una cara tan ancha y redonda como un plato. Llevaba gafas sin montura

y un bigotito negro, como una mancha de hollín aplicada con el dedo debajo de la nariz, que era un regalo llovido del cielo para sus oponentes, que le apodaban Adolf. Sus ojillos azules estaban profundamente hundidos entre los pliegues de grasa, y su boca, que a Strafford le recordaba a la válvula de un balón de fútbol, estaba curvada hacia abajo por las comisuras. Se decía que era más ladrador que mordedor —aunque había algunas personas en política que podían mostrarte las huellas de dientes que les había dejado en varias partes blandas de su anatomía— y que, cuando estaba con sus amigos, le gustaba relajarse delante de una botella de cerveza o un vaso de whisky. Incluso se sabía que una noche, en la fiesta de la conferencia anual del partido, había hecho algún chiste que otro y que había cantado una canción rebelde, con una suave e inesperada voz de barítono.

—¿Es usted Strafford? —preguntó. Tenía un marcado acento de Cork—. ¿Qué edad tiene? Parece que vaya aún en pantalón corto.

Le estrechó la mano con indiferencia al policía. Era una mano suave y caliente y sorprendentemente pequeña, casi delicada, y por un momento a Strafford se le pasó por la cabeza que en el interior de los pliegues del enorme abrigo había escondida una mujer minúscula, una ayudante, o incluso una esposa o una hija, a quien el ministro llevaba consigo a todas partes para que estrechara las manos por él. A Strafford se le ocurrían a menudo esas ideas extrañas. Eso le hacía pensar que en esencia debía de ser muy

frívolo, sin duda una grave debilidad en un policía, pero no sabía cómo ponerle remedio.

Los dos hombres subieron las escaleras, pasando entre las columnas de piedra pulida que había a ambos lados, y Strafford abrió la puerta con el gran panel cuadrado de cristal y se apartó para dejar pasar primero al ministro. ¿Convendría aludir a la leyenda de que habían colocado el cristal en la puerta en la guerra de Independencia para, en caso de asalto, ver llegar a los pistoleros por las escaleras? Por supuesto que no, pensó, recordando justo a tiempo que, en aquellos días, el propio ministro había sido un pistolero. Strafford pensó también en señalarle en la fachada el friso con los monos de piedra jugando al billar, una rareza —¿a quién se le habría ocurrido?—. Pero dudó de que a Dan el Hombre de la Calle le interesaran esos detalles imaginativos.

A diferencia de Strafford, el ministro Hegarty se tomaba a sí mismo muy en serio.

A través de la puerta abierta los recibió una corriente de aire caliente cargado del olor de humo de cigarro, ternera recocida, vino añejo y hombres viejos. El Kildare Street Club era el cuartel general no reconocido de la Irlanda protestante angloirlandesa. Strafford notó por el modo en que el ministro miraba aquí y allá, haciendo un esfuerzo por enderezar los gruesos hombros, encorvados e imposibles de enderezar, no solo que el sitio no le era familiar, sino que además lo intimidaba.

El ministro se quitó el sombrero y se debatió para

desembarazarse del abrigo. Llevaba un traje cruzado de sarga azul marino, una camisa blanca de cuello alto y almidonado y una corbata de color azul oscuro con un nudo minúsculo que daba la impresión de no haber sido deshecho desde la primera vez que lo anudó. A Strafford, el ministro le había recordado a alguien desde el momento en que se apeó del coche, ahora recordó a quién era. Con ese traje ceñido y la asfixiante corbata, con la cabezota y el fino mechón de pelo negro y brillante pegado a la frente pálida y húmeda, era el vivo retrato de Oliver Hardy.

Un anciano encorvado de pelo blanco con un frac polvoriento se materializó de pronto ante ellos —como salido en ese mismo instante de una trampilla oculta en el suelo—, y el ministro retrocedió con un respingo y apretó posesivamente el abrigo y el sombrero contra el pecho.

—Vengo a ver a... —empezó.

—Sí, sí, señor Hegarty —lo interrumpió el conserje, cogiendo las cosas del ministro—, venga por aquí.

Hegarty echó una mirada perpleja al policía —¿cómo había sabido el conserje quién era?— y Strafford sonrió y le hizo un gesto con la cabeza para animarlo. Estaba acostumbrado a sitios así. Su padre había sido miembro del club, aunque hacía mucho que había dejado de pagar las cuotas. Cuando el padre de Strafford iba a pasar su acostumbrado fin de semana a la ciudad, se entretenía plantándose delante del enorme ventanal que daba a la calle Nassau, con su traje de cuadros más chillón y el chaleco a juego, las manos entrelazadas detrás de la

espalda, la cadena del reloj y el pañuelo de seda, los atributos de su clase, bien visibles, y viendo pasar con mirada furiosa a los transeúntes.

El ministro accedió por fin a soltar el abrigo y el sombrero, y el anciano conserje se los cogió, se puso el abrigo en el brazo, colocó encima el sombrero y los acompañó al bar.

A Strafford se le ocurrió que, igual que Hegarty era clavado a Ollie Hardy, tal vez él mismo recordara a su vez al joven Stan Laurel, pálido y larguirucho como era, con el pecho hundido, la cabeza alargada y su actitud amable y distraída. Tuvo que apretar con fuerza los labios para contener una sonrisa. Su madre, muerta hacía mucho tiempo, decía, cuando él era niño, que tenía un sentido del humor raro, y él pensaba que en conjunto tenía razón, aunque, a medida que se fue acercando a la edad adulta, fue aprendiendo a mantenerlo a raya. Siempre había sido un solitario, y sus bromas privadas eran una especie de compañía, igual, suponía, que el amigo imaginario de un niño.

El bar estaba vacío, excepto por el barman, con pantalones de rayas y chaleco negro. El ministro pidió un Jameson.

—Imagino que no podrá usted beber, estando de servicio —le dijo a Strafford.

—Bueno, hablando estrictamente, no estoy muy seguro de estar de servicio, ministro. Tomaré un Bushmills.

Hegarty sorbió aire por la nariz. Bushmills, claro: la

bebida de los protestantes.

El camarero colocó los dos vasos de licor de color tostado sobre la barra, señalando cuál era cuál, luego puso al lado de cada uno de ellos un vaso de agua.

Hegarty levantó el vaso de Jameson.

—*Sláinte* —dijo, con una leve provocación en la voz; se sabía que era muy radical en la cuestión de la lengua, y una vez incluso había propuesto un plan de diez años para que el irlandés fuese obligatorio en todo el país. Llevaba un pequeño alfiler circular de oro en la solapa y se proclamaba *gaeilgeoir*.

Strafford también cogió su vaso.

—*Sláinte* —respondió con resolución; la vida social era un campo minado en esa todavía joven nación.

Bebieron un rato en silencio, observando el espejo y las botellas alineadas detrás de la barra. Hegarty miró el reloj.

—Debería haber llegado ya, ¿no? —dijo malhumorado—. Pensaba que su gente era siempre puntual.

Strafford entendió con exactitud lo que quería decir con eso de «su gente». Era uno de los pocos no católicos en la Garda, hasta donde él sabía, el único protestante con el rango de subinspector. Había ascendido deprisa —solo llevaba un par de años en el cuerpo cuando lo sacaron de las calles y lo ascendieron a subinspector—, aunque aún no estaba del todo seguro de por qué había ingresado en la Garda. Tal vez quiso hacer un gesto de apoyo al nuevo orden. Los protestantes eran solo el cinco por ciento de la población de la República, y la mayoría se habían retirado

discretamente de la vida pública con la llegada de la independencia, dejando que dirigiera el cotarro la nueva burguesía católica. Strafford era de ascendencia angloirlandesa —aunque como individuo no podía ser más diferente de los caballeros rurales aficionados a montar a caballo de Yeats— y había tenido un vago y levemente pudoroso sentido del deber, no habría sabido decir con exactitud respecto a qué. En cualquier caso, ahora se había reconciliado con su anómala situación como miembro protestante de una institución casi exclusivamente católica del Estado, y apenas pensaba en ello salvo en las ocasiones en las que se lo recordaban a la fuerza.

El ministro y él casi habían terminado la copa y el funcionario de la embajada británica, que era la razón de que estuviesen allí, seguía sin aparecer. Strafford podía oír al ministro respirando con fuerza por la nariz, el ruido de un hombre importante que se sentía ofendido y tenía dificultades para controlar su genio. El ministro Hegarty no estaba acostumbrado a que le hicieran esperar.

Al final pasó más de un cuarto de hora antes de que apareciera Richard Lascelles. Era uno de esos ingleses de aspecto lánguido —Strafford conocía bien el tipo— deliberadamente afectados, pero con una voluntad de acero templado y un brillo implacable que asomaba detrás de una sonrisa despreocupada y cuidadosamente mantenida. Llevaba un abrigo militar, unos zapatos gruesos y relucientes hechos a mano, y un sombrero hongo sujeto por

el ala con el pulgar y en equilibrio sobre la parte interior de la muñeca; daba la impresión de que debía de haberle costado mucho tiempo y esfuerzo dominar ese truco, cuyo propósito no quedaba muy claro, como no fuese el placer que debía de proporcionarle llevar a cabo con tanta habilidad algo trivial y difícil al mismo tiempo.

Sí, decidió Strafford, Lascelles, detrás de esa apariencia tan cortés, debía de ser un poco guasón. Valía la pena tenerlo presente.

—Siento llegar tarde —dijo Lascelles, alargando el brazo, haciendo que el sombrero diera un salto mortal, cazándolo al vuelo con la punta de los dedos y dejándolo sobre la barra; sus llamativas habilidades eran inagotables—. Hemos tenido un poco de lío en la embajada. —Le estrechó la mano a Hegarty y echó una sonrisa extrañada en dirección a Strafford—. Pensaba que esta iba a ser una reunión privada —añadió con una sonrisa.

Hegarty le presentó al subinspector. Lascelles volvió a sonreír, con más calidez. Le había bastado otra mirada más detenida a la ropa y a la actitud de Strafford para identificar con precisión la clase social, la casta y la religión del joven.

«Vaya a ver qué quiere —le había dicho a Strafford su jefe, el inspector Hackett—. Usted habla su mismo idioma».

En el departamento del ministro se habían opuesto a que el subinspector estuviera presente, pero la petición para esa reunión había llegado desde la embajada a través de Hackett —los británicos lo conocían y confiaban en él,

hasta donde confiaban en cualquiera en este país— y habían creído aconsejable que alguien del cuerpo acompañara al ministro.

Strafford pensó que todo era claramente irregular, dadas las tensiones con Gran Bretaña por la neutralidad, y por las presiones del gobierno británico por las exigencias de la Armada de tener acceso a los puertos irlandeses, que el gobierno irlandés se había negado en redondo a conceder. ¿Y por qué el Kildare Street Club? Aunque estos días casi todo era irregular, con las ciudades inglesas atacadas cada noche por los bombarderos alemanes y el Reino Unido preparándose para una invasión.

—Bueno —dijo Hegarty—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Lascelles?

Le habían ofrecido una copa a Lascelles, pero él había declinado. Entonces dijo:

—¿Por qué no vamos arriba y comemos? Aquí la carne no está mal y tienen una bodega muy buena.

Hegarty y el subinspector apuraron el whisky, que habían estado moviendo con cuidado, y los tres subieron las escaleras hasta el comedor del primer piso. Ahí, tres grandes ventanales inundados de luz daban a la calle Nassau, a las verjas del Trinity College y al campo de críquet que había detrás. Estaban jugando un partido, sin duda uno de los últimos de la temporada, y las pequeñas figuras de blanco se movían sobre la hierba como a cámara lenta, igual que los celebrantes de un arcaico ritual

religioso, que, pensó Strafford, en cierto modo es lo que eran.

En la sala habría una docena de hombres comiendo, algunos de dos en dos, pero sobre todo solos. Ese día no había mujeres, aunque un par de años antes se había acordado, contra una fuerte oposición, que los miembros pudieran invitar a señoras a comer o cenar en el club. En un rincón había una mesa para tres claramente apartada: la gente de Hegarty había llamado para asegurarse de que no habría nadie sentado lo bastante cerca para oír lo que decía el ministro. Aunque la embajada no había revelado la naturaleza del asunto que iban a tratar en esa reunión, estaba claro que tendría cierto peso y relevancia y que, dada la delicada situación de las relaciones anglo-irlandesas en esa época de crisis y conflicto internacionales, no era conveniente que saliera a relucir.

Hegarty y el inglés eligieron sopa de rabo de buey de primer plato, y los tres pidieron lenguado a la plancha de segundo. Lascelles propuso tomar una copa de vino tinto, puesto que beberían una botella de blanco con el pescado.

—El burdeos de la casa es excelente —dijo.

Pidieron una botella de burdeos, aunque Strafford no bebió y dijo que prefería esperar un poco; por lo general apenas bebía, había pedido el whisky en el bar solo para dejar claras ciertas cosas, y ahora empezaba a notar los efectos.

Mientras esperaban a que llegase la sopa, Lascelles hizo

un gesto con la cabeza en dirección a los lejanos jugadores de críquet.

—Quién pudiera estar ahí en vez de aquí —dijo melancólico, luego se volvió a toda prisa hacia los dos hombres sentados a la mesa y añadió—: Dicho sea sin ánimo de ofender a los presentes, claro.

—Bueno, señor Lascelles. —Las gafas sin montura de Hegarty brillaron con la luz reflejada de la ventana—. ¿Vamos al grano? Sospecho que quiere pedirme usted algo.

Lascelles volvió a dirigir la mirada hacia el partido de críquet, apoyándose con un codo en el reposabrazos de su silla y frotándose la barbilla lentamente con la punta del dedo justo debajo del labio inferior.

—Bueno, el caso es, ministro —dijo, y dudó un momento, era evidente que estaba escogiendo sus palabras con cuidado—, que nuestros jefes de Londres nos han ordenado, a la embajada, quiero decir, que hagamos una petición un tanto delicada a su gobierno.

—¿Qué clase de petición? —preguntó Hegarty, sin hacer el menor esfuerzo por disimular el tono de hostilidad y suspicacia de su voz. Lascelles no se dio por enterado; no llevaba mucho en su puesto, pero ya tenía bastante experiencia en tratar con la burocracia irlandesa.

—Se trata de dos niñas —dijo.

Hegarty lo miró con intensidad.

—¿Niñas?

—Eso es. De dos niñas pequeñas, para ser exactos.

2

En ese momento les llevaron la sopa, y la frugal ensalada verde, que había pedido Strafford para no llamar la atención mientras los otros dos tomaban el primer plato. No obstante, Hegarty miró con desprecio la lechuga un poco ajada; sin duda pensaba que Strafford estaba siendo ostensiblemente sobrio, o eso pensó Strafford; con un hombre como Hegarty no había término medio; ¿qué debían de haber pensado Yeats y *lady G.* de él?

Strafford vio que los jugadores de críquet habían parado para hacer un descanso y se dirigían al pabellón. Despreciaba todos los deportes, menos el tenis, que le gustaba por su fluida elegancia: no era que se le diese bien, pero había admirado, y en algunos casos envidiado, a los pocos jugadores de talento que pasaron por su colegio.

—Las niñas tienen diez y catorce años —estaba diciendo Lascelles, rociando vigorosamente la sopa de sal—. Tienen que salir de Londres cuanto antes. Desde que empezó el *Blitz*, no hemos sabido qué hacer con ellas. Pero es primordial que estén a salvo en algún sitio, en un lugar del que podamos estar seguros.

Hegarty, con la cuchara sopera suspendida en el aire, estaba observando a Lascelles con la mayor atención.

—¿Y puede saberse quiénes son esas «niñas»?

Lascelles también dejó de comer y volvió a esbozar una

sonrisa, mostrando los dientes. Era apuesto, en un sentido refinado aunque algo brutal, con la frente estrecha, los pómulos marcados y los ojos oscuros y con un brillo extraño. Su piel tenía una textura correosa, como si hubiese pasado muchos años en un clima ecuatorial. Los diplomáticos, por la experiencia que tenía Strafford de ellos, eran una raza aparte; su frecuente desarraigo y los traslados a diversos sitios del mundo les daban, además de su actitud estudiada e insulsa, un no sé qué de nervioso y agitado, como si temiesen que en cualquier momento pudiera llegar un mensajero con la orden de hacer las maletas y partir al cabo de una hora.

Hegarty seguía esperando la respuesta a su pregunta. Lascelles miró a un lado un momento con los labios apretados.

—Digamos solo, ministro —respondió en voz baja—, que son de buena familia..., de muy buena familia.

—Entiendo —dijo Hegarty, y volvió a meter la cuchara en la sopa. Estaba sonriendo con gesto astuto, lo cual tenía el efecto de hacer que se le contrajeran los rasgos faciales, de modo que parecían apelotonarse aún más—. Su rey y su reina, tengo entendido —dijo en tono conversacional, tapándose los ojos—, insisten en quedarse en Londres mientras duren los bombardeos nocturnos para... —alzó la vista, con las cejas arqueadas— compartir el sufrimiento de la gente corriente.

—Sí, desde luego. Sus majestades son inflexibles, no se dejarán convencer.

—Muy noble por su parte, estoy seguro —observó Hegarty, con un leve y seco gesto desdeñoso—. ¿Y su familia se quedará también con ellos?

—Se supone que sí —dijo, midiendo sus palabras—. Pero, claro, en tiempos así, hay muchas cosas que es mejor ocultarle a la opinión pública. Podría afectar a la moral, ya me entiende.

—Ah, ¿sí? —dijo Hegarty con una risa ronca.

Sentado entre el ministro y el diplomático, Strafford estaba fascinado al observar el avance de la negociación que estaban llevando a cabo, aunque todavía no se habían planteado las condiciones de ningún trato que pudiesen llegar a hacer.

Dos niñas, de una familia de la más alta sociedad inglesa; tenía bastante idea de quiénes podían ser. Aquel encuentro se había vuelto muy interesante de pronto.

Hegarty terminó la sopa, apartó el cuenco a un lado, se llevó la servilleta a la boca pequeña y rojiza y tosió en el puño minúsculo; a pesar de su corpulencia, varias partes de su cuerpo estaban hechas en miniatura, como si se hubiese detenido su desarrollo, los últimos vestigios, por así decirlo, del niño que, por implausible que pudiera parecer hoy, debía de haber sido.

—Irlanda es neutral en esta guerra, señor Lascelles —dijo puntilloso—. Como usted sabe muy bien.

—Por supuesto. Pero también sé, de hecho creo que los dos lo sabemos, qué es lo más conveniente para los intereses de Irlanda.

El camarero, un gorila de pelo cano con chaleco de rayas, se acercó a la mesa. Les ofreció la carta de vinos, y Lascelles la cogió y la estudió con el ceño fruncido y toqueteándose el labio inferior entre el dedo índice y el pulgar. Hegarty miró a Strafford y, sin modificar lo más mínimo su expresión, le guiñó el ojo.

Lascelles miró al camarero.

—Creo que tomaremos el Riesling seco, Dudley —dijo.

—Muy bien, señor Lascelles —gruñó el camarero. Tenía la piel de las mejillas y la barbilla enrojecida, con manchas y pelada con escamas grises. A Strafford le pareció que tenía pinta de boxeador retirado. El personal de esos sitios siempre era interesante, y le resultaba frustrante no haber podido dar con la manera de hacer averiguaciones sobre su pasado sin parecer prepotente u ofenderlos. Lo último que podía imaginarse era que Dudley se llamara Dudley. Pero así se llamaba, a no ser que Lascelles se lo hubiera inventado, lo cual era muy posible, en vista de su idea de la diversión. Los tipos de mirada dura como él disfrutaban burlándose de lo que ellos habrían llamado las clases inferiores.

—Lo más conveniente para nuestros intereses, dice usted —observó Hegarty, mirando pensativo a los jugadores de críquet—. ¿Y de qué se trata, según usted?

La niebla se estaba espesando sobre el campo de juego, y al sol le costaba más que nunca atravesarla.

—Lo cierto es que, en mi opinión, nuestros intereses, los suyos y los nuestros, coinciden en este caso —respondió en

voz baja Lascelles, mirando a izquierda y a derecha, asegurándose dos veces de que nadie podía oírle.

—Los ingleses fusilaron a mi padre hace veinte años, en la guerra de Independencia —dijo Hegarty en tono cordial e incluso amistoso—. ¿Lo sabía, señor Lascelles?

Lascelles apuró el vino de la copa, la dejó sobre el mantel y le dio vueltas y vueltas despacio sobre la base, mirándola fijamente.

—Sí, lo sabía —dijo en voz baja—. Pero, por lo que he oído, en esa época tan lamentable su padre también se las arregló para fusilar a unos cuantos de nuestros muchachos. De hecho —volvió a sonreír, mostrando otra vez los dientes—, si no estoy equivocado, usted mismo empuñó las armas, de joven en..., ¿dónde fue? ¿La Brigada del Oeste de Cork? —Se volvió y miró hacia la ventana—. ¡Muy buen lanzamiento, sí, señor! —exclamó.

Lascelles relleno su copa y la del ministro, Strafford puso la mano sobre la suya. Mientras asistía a la conversación de aquellos dos hombres, había ido teniendo cada más la sensación de estar perdiendo la pigmentación, de modo que, muy pronto, acabaría volviéndose transparente del todo. De hecho, por lo que se refería a la pareja sentada con él a la mesa, era como si fuese ya invisible, una figura hecha de cristal, hasta ese punto lo estaban ignorando. No le importó; en las relaciones sociales era, y se alegraba de serlo, un espectador nato, más a menudo un observador, rara vez un agente.

Dudley el Improbable llegó con el pescado, ayudado por un joven pelirrojo —un crío, en realidad— de nudillos agrietados, que parecía un ternero asustado. Trajeron el Riesling y Dudley lo descorchó con una brusca pericia de la que se sentía vanamente orgulloso. Sirvió un poco en la copa de Lascelles y esperó, con el antebrazo detrás de la espalda. Lascelles probó el vino, se enjuagó la boca con él, llenó una mejilla y luego la otra antes de tragárselo, después asintió con la cabeza en dirección al camarero.

—¿Debo entender, señor Lascelles —dijo Hegarty, cuando se marcharon Dudley y su ayudante—, que querría usted separar a esas dos niñas de su muy buena familia y enviárnoslas una temporada para que cuidemos de ellas?

Lascelles había cortado trocitos de pescado y patatas en cubos individuales del tamaño de un bocado. Debía de haber pasado al menos parte de su juventud en Estados Unidos, decidió Strafford, pues sabía que así era como enseñaban a comer a los niños estadounidenses. Igual que pasaba con el personal del club, era imposible saber, en el caso de esos tipos de la embajada, de dónde procedían o cuáles eran sus antecedentes. Este parecía y sonaba como el típico alumno de Eton y Oxford, pero podía haber sido de cualquier parte. ¿Era Lascelles un apellido inglés? Aunque Strafford creyó recordar que el secretario personal del rey tenía un apellido parecido..., de hecho, entonces recordó que no era parecido sino idéntico: Tommy Lascelles. Le habría gustado saber si este sería algún pariente suyo; no podía haber muchas familias con ese apellido.

—Esa es la idea general, sí —dijo entonces Lascelles, todavía diseccionando con habilidad su comida—. Como acaba de señalar, ministro, Irlanda es neutral, y me alegra decir que es un lugar muy pacífico —hizo una pausa— hoy en día. Y, por tanto, resulta ideal para nuestro propósito. Al principio pensamos que lo mejor para ellas sería Canadá, pero los submarinos de los *jerries* empiezan a ser preocupantemente eficaces en el Atlántico norte. ¿Australia?, está demasiado lejos. ¿Sudáfrica...?, en fin. Así que se nos ocurrió, quiero decir que a Londres se le ocurrió, que tal vez ustedes aceptarían acoger a esas pobres niñas desamparadas y darles protección por un tiempo. —Dio un sorbo al vino y frunció apreciativamente los labios—. No está mal este vino blanco del Rin, ¿verdad?

Hegarty siguió con la cara inclinada sobre el plato —igual que una oveja sobre la hierba, pensó Strafford—, aplastando las patatas en la salsa del pescado y metiéndose bocados de la papilla resultante en la boca, proceso acompañado de pequeños sorbidos de apreciación, sin duda inconscientes.

—Y dígame, señor Lascelles —dijo, masticando todavía y sin alzar la mirada—, ¿qué...? —Hizo una pausa de un instante y luego continuó—: Para no andarme con remilgos, ¿qué sacaríamos nosotros de esto?

Lascelles estaba absorto en separar, medir y cortar la comida. A pesar de su manera yanqui de comer, tenía que haber estudiado en un colegio privado, decidió Strafford: solo alguien que hubiese asistido a uno de los

establecimientos educativos más exclusivos de Inglaterra podría comer el lenguado aguado y las patatas blandas con una indiferencia tan natural, aunque también él había dejado los gruesos guisantes, que no eran verdes sino de un tono grisáceo y polvoriento muy poco apetitoso. Irlanda, pese a su neutralidad, también sufría algunas de las privaciones de la guerra.

A pesar de las apariencias, Lascelles estaba escuchando. Dejó el cuchillo y el tenedor, bebió otro trago de vino y, secándose la boca con la servilleta, acercó la silla a la mesa y se inclinó hacia delante como quien hace una confidencia.

—Su país, según tengo entendido, necesita carbón —dijo en voz baja, hablando por la comisura del labio—. E Inglaterra, señor Hegarty, tiene carbón en abundancia...; es uno de nuestros pocos recursos inagotables en estos tiempos tan difíciles.

—No lo dudo —respondió Hegarty, entornando los ojos de párpados ya gruesos de por sí—. Las cuencas de Yorkshire, los valles de Gales... —dejó la frase en unos soñolientos puntos suspensivos; Irlanda solo tenía su turba.

—Exacto —dijo Lascelles, asintiendo con la cabeza—. Pues bien, el gobierno de su majestad, por medio del Foreign Office, propone la posibilidad de un envío quincenal al puerto de Dublín de..., bueno, digamos de momento X toneladas de ese material como regalo del antiguo opresor —esbozó una sonrisa burlona— al antiguo oprimido.

—¿Un regalo? —dijo Hegarty, adelantando el labio